

LA MISIÓN Y EL SERVICIO DE LOS CONSAGRADOS, TESTIMONIO DE LA MISERICORDIA DIVINA

H. Inmaculada Fukasawa aci

1. INTRODUCCIÓN

1.1 Saludo

Comienzo expresando mi gratitud por la invitación a esta Jornada Nacional del Año de la Vida Consagrada. Al recibir este encargo, primero sentí que era algo que me superaba, después el Señor me fue trabajando y mi resistencia se fue transformando en reconocimiento humilde de lo que soy y puedo. Me dio paz sentir que esto venía de Dios. El Señor me invitaba a celebrar el Año de la Vida Consagrada con los consagrados y consagradas de España, a quienes debo mucho porque a través de ellos he recibido las dos gracias más grandes de mi vida: el bautismo y la vocación religiosa.

Francisco Javier, jesuita navarro, fue el que llevó la fe católica a mi país. Me bauticé cuando era alumna en un colegio que nosotras, las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, tenemos en Japón. Al conocerlas deseé instruirme y al mismo tiempo quise ser, como ellas, Esclava del Sagrado Corazón. Como sabéis, nuestro Instituto es de origen español. Así que no puedo hablar de mi vida sin relación con España, sobre todo con su fe y su vida religiosa. Por eso, tiene un sentido especial el que hoy y mañana celebre el Año de la Vida Consagrada con los consagrados de España.

Se me ha pedido esta intervención como testimonio de Vida Consagrada. En estos términos otras muchas religiosas hubieran respondido a esta invitación, y yo de alguna manera siento que presto voz a tantas consagradas que podrían ofrecernos su experiencia, Hermanas que cotidianamente viven el servicio a la misión como experiencia y testimonio de la Misericordia de Dios en sus vidas, en la Iglesia, en el mundo.

1.2 El Título

El título de mi aportación es «La misión y el servicio de los consagrados, testimonio de la misericordia divina». Lo recibí con gusto porque la Misericordia ha sido y es la experiencia más profunda de mi vida, también tiene muchas resonancias carismáticas. Nuestras Constituciones comienzan: «En el Corazón de “Aquel a quien traspasaron” contemplamos la manifestación de la Misericordia, que nos lleva a mirar el mundo con esperanza». Además, fue una grata confirmación cuando el Papa Francisco convocó el Año Santo de la Misericordia, cuya bula de convocación empieza: «Jesucristo es el rostro de la Misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra»¹. El anuncio del Jubileo va en coherencia con la actitud humilde que ha querido imprimir a su Pontificado. Él mismo se muestra necesitado de Misericordia y perdón de Dios, y continuamente nos señala a Jesús, rostro de la Misericordia del Padre, y a una Iglesia, que camina y hace suyo el dolor de la Humanidad y la tierra que sufren.

En esta clave comparto mi experiencia y agradezco el don de nuestra Vida Consagrada en la que abrazamos el modo de existencia de «Jesús de Nazaret que con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la Misericordia de Dios»².

1.3 Presentación

En esta charla intento presentaros mi visión de la Vida Consagrada, no es algo teórico sino una lectura vivencial. Es una mirada a mi propia experiencia que, iluminada por el Evangelio, contempla a Jesús y al grupo de los Doce como referentes para entender nuestra propia vida.

Comienzo contextualizando la vivencia de la Vida Consagrada en este momento eclesial y cómo se siente llamada a dejarse evangelizar y a secundar la corriente de transformación impulsada por el Papa Francisco. En este marco estamos celebrando el Año de la Vida Consagrada y lo terminaremos dentro del Año jubilar de la Misericordia.

La Vida Consagrada es para la Misión, pero no sólo eso sino que en sí misma es Misión. Somos y hacemos Misión. La exposición está articulada en los tres elementos que considero esenciales de la Vida Consagrada: Consagración, Convocación y Envío.

- El primer elemento: la Consagración como iniciativa de Dios que nos toma para sí y nos convierte en misión al confesar el Absoluto de Dios con nuestra vida.
- El segundo elemento que considero esencial en la Vida Consagrada es la Convocación que expresa la experiencia de ser llamados con otros, así la comunidad es el espacio de la fraternidad donde vivimos el Reino que se hace misión al convertimos en profecía de la humanidad de Jesús.
- El tercer elemento esencial es el Envío, enviados por el Resucitado con la fuerza de su Espíritu a continuar su misma misión: ser la Misericordia del Padre.

Esta narración tiene como hilo conductor la Misericordia de Dios experimentada en la fragilidad personal e institucional y recibida como misión.

1.4 Contexto eclesial

Sentimos que la Iglesia está viviendo un tiempo de gracia, algunos hablan de una primavera eclesial³. A raíz de la renuncia de Benedicto XVI y más concretamente, de la elección del Papa Francisco se ha abierto una nueva etapa en la historia de la Iglesia. El pontificado de Francisco, con su comunicación directa y sus gestos sencillos, está mostrando una Iglesia cercana a la gente, que tiene una palabra que el mundo quiere escuchar.

El lenguaje del Papa se entiende y su cercanía llega al corazón de la gente. Su persona convoca porque nos trae las palabras y los gestos de Jesús. En esta realidad tan golpeada, tan gastadas las palabras, tan endurecidos los sentimientos, tan frágiles las referencias, él está haciendo creíble la palabra y posible la esperanza.

Percibimos cómo muchos creyentes, decepcionados en el camino de Emaús, han sentido «arder su corazón» (cf. Lc 24,1) y retornan a la comunidad. También algunos de nosotros que nos sentíamos como el hermano mayor de la parábola (cf. Lc 15,11) hemos visto derrumbarse nuestros propios juicios delante de la Misericordia. La mirada de muchas personas de otros credos o de instituciones civiles converge en el Papa Francisco como un referente de autoridad.

Él nos ha puesto en movimiento y nos ha señalado un camino: volver a Jesucristo, a su Evangelio. Nos pide salir de nuestra auto-referencialidad, romper nuestros miedos, dejarnos conducir por el Resucitado para entrar en sus heridas, tocar las marcas del amor, y como Tomás confesar: «Señor mío y Dios mío». De este encuentro nace la alegría, signo que acompaña a los que se han encontrado con Él y son enviados a anunciarlo. La Iglesia nace de la experiencia de encuentro y misión, y cada uno de nosotros abrazamos con nuestra vida el arco que va del encuentro a la misión, y viceversa, de la misión al encuentro.

En esta corriente dinámica y esperanzadora, el Papa, como «hermano nuestro y consagrado como nosotros»⁴, decidió convocar el Año de la Vida Consagrada. Tiene un fuerte sentido celebrarlo en esta corriente de transformación de la Iglesia. Él espera mucho de nosotros para impulsar esta renovación⁵. Cuenta con los consagrados. Nuestra responsabilidad es grande. Primero quiere que nos renovemos, y desde aquí, aportemos al cambio de la Iglesia.

En japonés conversión es «kaishin». Antes lo escribíamos con dos caracteres chinos «改心» que significan cambiar o corregir algo del corazón. Sin embargo, ahora escribimos «回心». Este «kaishin» es girar el corazón, mover el corazón hacia otra dirección. La conversión a la que nos invita el Papa es este «回心», es decir, girar el corazón, cambiar 180 grados la dirección del corazón. Es algo dinámico. No cambiar sólo una parte de nuestro corazón. Tenemos la tendencia a centrarnos en nosotros mismos, la dirección del corazón va muchas veces hacia dentro. La conversión verdadera requiere cambiar esta dirección hacia Dios, hacia los demás.

La celebración del Año de la Vida Consagrada nos ha dado la oportunidad de volver la mirada a nuestra historia para agradecer ¡tanto bien recibido!, pero sobre todo, a través del Magisterio del Papa Francisco, nos hemos sentido llamados a mirar nuestra Vida Consagrada desde el Evangelio y dejarnos evangelizar. De aquí nace la conversión, «回心», y esto nos lleva a vivir el presente con pasión y abrimos al futuro con esperanza.

2. LA VIDA CONSAGRADA, CONFESIÓN DE DIOS

2.1 Somos alcanzados por Dios

La experiencia común de nuestra vocación es la de haber sido alcanzados, encontrados. La llamada es don, iniciativa de Dios. Permitidme que subraye lo que supone para mí el don de la fe y de la vocación. De más de cien millones de japoneses, Dios me llamó a la Iglesia católica. Al pensar que menos del uno por ciento somos católicos, siento que es una gracia grande recibir el bautismo en Japón. Lo mismo puedo decir de mi vocación. Cuando yo estudiaba en nuestro colegio, éramos casi doscientas alumnas de la misma promoción, había muchas buenas, capaces e inteligentes, pero el Señor quiso que fuera yo religiosa y no otras. La vocación es siempre un misterio, y sin duda no he recibido este regalo por mi mérito, ha sido un don gratuito.

En este espacio de la llamada es donde más radicalmente sentimos lo Absoluto de Dios, que tiene poder para atraernos totalmente hacia sí. San Pablo lo expresa como el encuentro que trastoca todos nuestros valores, el conocimiento que relativiza todo saber, la ganancia que hace pérdida cualquier riqueza. Así lo recoge en su carta a los Filipenses:

«Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo y ser hallado en él...No es que ya lo tenga conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Flp. 3,7-9,12).

Esto es lo que nos ha pasado a nosotros. Cada vez que hago los Ejercicios Espirituales, me viene espontáneamente este pasaje, lo saboreo con gozo y emoción. Es la experiencia repetida a lo largo de la historia, de hombres y mujeres que han sido transformados por el encuentro con Cristo Jesús y llevan dentro el fuego de su Espíritu. Hombres y mujeres que se constituyen en testigos de lo que han visto y tocado:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que os anunciamos: la palabra de vida» (1 Jn 1,1).

2.2 Somos vinculados íntimamente a la persona de Jesús

En Jesucristo nos hemos encontrado con Dios, y Él ha seducido nuestro corazón. Se ha erigido en nuestra vida como Absoluto relativizando nuestros vínculos familiares y sociales, nos ha liberado del ansia de poder y tener, y nos ha dado una nueva pertenencia.

Jesús nos llama a «estar con Él y nos envía a predicar» (cf. Mc 3,14), incorporados a su vida y misión, vinculados íntimamente a su persona. No podemos separar su persona de la misión, es más, la misión es anunciarle a Él, y eso no cabe sin conocerle, sin estar con Él, sin haber compartido sus sentimientos, sin haber hecho nuestras sus preferencias hasta identificarnos con Él: «No vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). La misión nos exige estar en profunda comunión con Jesús, porque «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

En esta especial intimidad surge y se sostiene la entrega que cada uno de nosotros hace de sí mismo en la profesión de los tres votos⁶. En estas dimensiones vitales se condensan las opciones de la existencia terrena de Jesús y revelan al mismo tiempo el misterio de su ser y hacer⁷. «En los votos queremos vivir la existencia de Jesús en su entrega al Padre y en su disponibilidad para con los hombres»⁸.

El número 72 de la Exhortación postsinodal *Vita Consecrata* de Juan Pablo II recoge muy bien el sentido de nuestra consagración:

«...La misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús... En efecto, antes que en las obras exteriores, la misión se lleva a cabo en el hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal. ¡Éste es el reto, éste es el quehacer principal de la vida consagrada! Cuanto más se deja conformar a Cristo, más lo hace presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres.

...Se puede decir por tanto que la persona consagrada está “en misión” en virtud de su misma consagración, manifestada según el proyecto del propio Instituto...».

2.3 Desvelar el verdadero rostro de Dios

Desde nuestro ser consagrados, nos preguntamos: ¿Cuál es el servicio que los consagrados y consagradas podemos hacer a esta humanidad? ¿Qué puede decir nuestra consagración a esta sociedad?

En nuestro tiempo asistimos a una profunda crisis de valores, se están dando profundas transformaciones a escala mundial. Como se viene diciendo hace mucho tiempo, «estamos no sólo en una época de cambios sino más bien en un cambio de época»⁹. Nos encontramos frente a la emergencia de un nuevo paradigma, de un nuevo modelo cultural, de una nueva sociedad. Esta crisis afecta a todas las dimensiones de la vida humana, pero me voy a limitar al aspecto religioso.

En nuestra sociedad, al menos la occidental, se ha roto el tejido unitario cultural inspirado en la fe cristiana. Percibimos algunos signos contradictorios; en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana. El hombre parece haber dejado a Dios fuera del horizonte de su vida cotidiana. Estamos en un ateísmo práctico, y a la vez se está dando un nuevo despertar del sentimiento religioso. Se advierte la búsqueda de la trascendencia, aunque algunos autores desconfían de este sentimiento y lo describen como «religión sí, Dios no». Hay una nueva sensibilidad religiosa, una vuelta a Dios. Por la enorme bibliografía sobre el tema, parece que nunca ha estado tan viva la cuestión de Dios, pero ¿qué dios? ¹⁰

Benedicto XVI, muy consciente de esta realidad, decía en la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*: «No hay prioridad más grande que ésta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante» (Jn 10,10).

Realmente ésta es la más urgente tarea de la Iglesia y es uno de los más grandes servicios que la Vida Consagrada puede hacer en nuestro tiempo: abrir el horizonte de la vida humana a la realidad de Dios y desvelar su verdadero rostro.

2.4 Llamados a ser mediación del encuentro con Dios

La *Vida Consagrada hace confesión de un Dios único*, personal, que dialoga con el hombre, que ama a cada persona, al que no podemos manipular, Aquél que tiene la iniciativa en el amor y «que viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él»¹¹. Aquél que se ha encarnado en Jesús. Él nos ha revelado el verdadero rostro de Dios, «Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único de Dios, que estaba junto al Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).

En nuestras Congregaciones hay un enorme caudal de sabiduría humana y espiritual. Tenemos capacidad de acompañar a otros en ese camino a la interioridad, ayudar a entrar dentro de sí y escuchar las preguntas esenciales de su existencia, las que le dan sentido a su vida.

Sentimos la indiferencia y la negación de Dios como una de las periferias existenciales a donde somos llamados para decir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: «Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y camina» (Hechos 3,4-8).

La *Vida Consagrada confiesa al Dios de Jesús*, un Dios Padre, que ama con entrañas de Misericordia, con un amor fiel que tiene dentro la misteriosa fuerza de la maternidad¹². Jesús encarna esa Misericordia, en sus palabras y gestos, ¡con su vida y su muerte!

En nuestras Congregaciones hemos hecho un largo camino en el aprendizaje de nosotros mismos, de entrar hasta el fondo de lo que somos y acoger la verdad de nuestra humanidad. En nuestra fragilidad nos hemos encontrado con Jesús, fuente de vida y compasión, por eso podemos, desde Él y con Él, ayudar a otros a entrar en este camino de liberación.

Hemos tocado la intimidad de Dios que es Misericordia, que nos ha hecho capaces de escuchar y acoger nuestras heridas. Sentimos que nuestra misión es posibilitar experiencias donde la persona se encuentre con este Dios, porque sólo tocando su Misericordia se puede alcanzar la verdad que salva.

La Vida Consagrada confiesa la relevancia de Dios para la vida humana, un Dios capaz de saciar la sed del corazón, que puede llenar de sentido la vida, a quien otorgamos la confianza hasta el punto de ponernos en sus manos.

Entre nosotros, hay Hermanos y Hermanas que viven la alegría del Evangelio, en sus vidas se percibe que han encontrado la perla preciosa, y la persona de Jesús y su Evangelio ocupan su corazón. Son testimonios humanos valiosos, sencillos, cercanos, no destacan por sus títulos ni por su poder, los podemos encontrar enseñando en la escuela o la universidad, acompañando al anciano, curando al enfermo, son personas con las que nos tropezamos cotidianamente, pero en sus palabras y en su mirada reconocemos al Señor.

Traigo aquí el testimonio de una Hermana que me escribía al terminar su servicio como Superiora de una comunidad enfermería. En su carta dice:

«No sé qué proyecto tendrá Dios para mí, manifestado a través de mi provincial, pero si siempre he querido ser disponible, quiero serlo hasta el final de mi vida. Estos años vividos en esta comunidad, han sido una verdadera escuela de aprendizaje para el futuro de mi vida. Dentro de unos días será mi cumpleaños. Los años, pasan factura -y a mí ya noto que me la están pasando- aunque gracias a Dios no tengo ninguna enfermedad. Tengo la ilusión de llenar la vida de pequeñas cosas que pasan desapercibidas pero que crean mucho bienestar, de rezar con paz, leer, ser disponible y abordable, fomentar la alegría. Pienso ser feliz, porque estoy plenamente convencida de que la felicidad es algo que uno decide con anticipación. Y yo, con la gracia de Dios, lo he decidido. Sólo así haré felices a las hermanas con las que conviva....Voy a liberar mi mente de preocupaciones, vivir humildemente, dar más y exigir menos.

Mi comunidad con sus múltiples limitaciones, por su edad, es una comunidad que sabe muy bien y creo que también lo vive, el valor de seguir trabajando en la Misión con su oración y entrega».

Quiero reconocer el valor apostólico de estas comunidades, numerosas en la Vida Consagrada española, en las que se vive la misión como ejercicio mutuo de misericordia en la acogida de nuestras pobreza, límites y debilidad.

La Vida Consagrada anuncia el valor absoluto de Dios, lo que todos estamos llamados a vivir, que Dios tenga el señorío en nuestras vidas, de tal manera que las realidades humanas son penúltimas. La consagración es una confesión del Absoluto de Dios y de la urgencia de su Reino¹³.

Así nuestras Congregaciones, movidas por el anuncio de Jesús y su Reino, han traspasado las fronteras, en nuestras filas hay hombres y mujeres que dejan su país y su cultura, que ponen su tienda en otro pueblo, que se hacen uno con sus

gentes, aprenden su lengua y visten sus ropas, a muchos de ellos puede ser que les cueste la salud y a algunos la vida. La Vida Consagrada tiene un corazón universal.

En marzo dirigí una carta a las Hermanas con el deseo de responder a la llamada del Papa Francisco a «una nueva salida misionera». Pedí que se ofrecieran para ser enviadas «allí donde se vea mayor necesidad». Les presenté algunos lugares alejados donde la presencia religiosa es más frágil y necesita refuerzo. Esta carta movió mucho al Instituto y la respuesta fue preciosa, tanto por parte de algunas Hermanas mayores que se unían de corazón a esta llamada pero que la salud y la edad ya no les permitían ir, como por parte de las jóvenes que se mostraron totalmente disponibles. El deseo de ir más allá de sus fronteras está vivo en las Hermanas y no sólo en las jóvenes. Antes de hacer la profesión perpetua se ofrecen con generosidad e ilusión a evangelizar fuera de su país. Muchas de ellas me lo vuelven a recordar pasados unos años.

Nuestra consagración es mediación para los demás, y nuestra oración, que es espacio de encuentro con Dios, puede ser invitación y llamada. Abrir este encuentro con Él, en su Palabra, da la posibilidad de que otras personas experimenten que «Sólo Él tiene palabras de vida eterna» (cf. Jn 7,68).

En la liturgia somos invitados a entrar en el Misterio desde la belleza del canto y la palabra. Los cantos expresan los deseos más hondos que hay en nosotros. No son sólo palabras bellas sino también verdaderas. La debilidad de nuestros límites cotidianos no oscurece la autenticidad de lo que sentimos. En la liturgia no hay discursos, sino experiencia. Es expresión de los que «por amor a la belleza divina»¹⁴ han seguido a Jesús. Entre julio y agosto tuvimos en Roma un curso de formación permanente que duró un mes. Participaron 29 Hermanas que llevan 17, 18 y 19 años de profesión perpetua. Cuando cantaban aquellos cantos, en los que decimos «No se ha acabado el amor del Señor, no se ha agotado su Misericordia...» o «La bondad y el amor del Señor duran por siempre», las vi vibrar con emoción. Es verdad, los cantos nos ayudan a confirmar nuestra experiencia de la Misericordia de Dios.

Y de forma privilegiada la primacía de Dios se expresa en la Adoración Eucarística, en el reconocimiento humilde y creyente de nuestro ser de criaturas ante la Trascendencia de Dios, desde donde brota nuestra respuesta agradecida que se hace servicio. Me resultan muy iluminadoras las palabras del P. Benjamín González Buelta sj: «Cuando adoramos al Señor, buscamos un espacio favorable y le dedicamos un tiempo en el que toda nuestra persona se centra en acoger el amor infinito de Dios del que surgimos, en el que nosotros existimos y hacia el que viajamos... El primer fruto de esta oración es la integración personal, pues toda nuestra persona se unifica. El cuerpo, el pensamiento y la afectividad se unen en la decisión de vivir enteramente en el agradecimiento. En ese silencio contemplativo caben todas las palabras, en esa presencia están contenidos todos los encuentros, en esa inquietud se alimentan todas las actividades»¹⁵.

3. LA VIDA CONSAGRADA, PROFECÍA DE HUMANIDAD

3.1 Los discípulos aprendieron humanidad en contacto con Jesús

Os invito a volver la mirada al Evangelio, a Jesús. Mucha gente le sigue, pero podemos verlo siempre rodeado de un pequeño grupo. Jesús no es un hombre solitario, su amor genera en torno a Él una fraternidad y comunidad de discípulos, a los que se atreve a llamar, sin más, amigos. Con ellos comparte lo más íntimo: su relación con el Padre y su pasión por el Reino. El P. Ricardo Volo, claretiano, escribe: «El círculo de discípulos más cercanos a Jesús fue convocado por Él para formar una

comunidad muy particular en torno a la figura del Maestro, y para ser investidos de su propia misión. Estas dimensiones peculiares de su discipulado representan, históricamente, un elemento paradigmático muy relevante en el carisma de la vida consagrada»¹⁶.

Los que han sido llamados son convocados con otros. Ser discípulo es ser al mismo tiempo condiscípulo con otros. La comunidad es prolongación de su mensaje y misión. Los discípulos muestran que es posible el Reino. Jesús desea transmitir su mensaje encarnándolo en un grupo humano. La comunidad es reflejo de la figura misma del Señor. Es signo y testimonio de la verdad del mensaje de Jesús.

Contemplamos el inicio de este grupo en el Evangelio de Juan. Vemos a dos de ellos que siguen a Jesús anónimamente hasta que Él se vuelve y les pregunta: «¿Qué buscáis?» Ellos le responden: «Maestro ¿dónde vives?» Y él les invita: «Venid y lo veréis» (cf. Jn 1,38-39). Es la invitación a hacer la experiencia, sólo puede conocer a Jesús el que vive con Él y como Él.

Aquellos discípulos que siguen a Jesús lo conocieron en la convivencia diaria, lo vieron conmoverse ante la muchedumbre que «estaba como ovejas sin pastor» (Mc 6,34). Sintieron la compasión de Dios en el gesto de acogida y ternura a aquella mujer, pecadora pública, que escandalizó al fariseo Simón (cf. Lc 7,36-8,3). Escucharon las conmovedoras palabras de Jesús a la pobre viuda que había perdido su único hijo: «No llores» (Lc 7,11-17).

Lo vieron tocar al leproso, comer con publicanos y prostitutas, acoger a los pecadores, a todos aquellos despreciados por la sociedad y más necesitados de estima y dignidad. En Jesús descubrieron al Dios misericordioso, el Dios que nunca se olvida del sufrimiento de sus hijos. En sus gestos experimentaron la bondad de Dios Padre. Verdaderamente, ¡qué suerte tuvieron los Apóstoles!

En el trato cotidiano con el Maestro no aprendieron una doctrina sino que asumieron una vida, la de Jesús. Ellos tocaron su humanidad, sintieron su ternura, entraron en su corazón «manso y humilde» (cf. Mt 11,29) y conocieron la pasión por el Padre y por los últimos.

Aprendieron otra forma de relacionarse. Donde ellos ponen poder, Jesús pone servicio: «...Si yo, que soy maestro y señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros mutuamente los pies.» (Jn 13,13-14). Donde ellos quieren poner triunfo y vanagloria, Jesús pone entrega hasta dar la vida: «Quien quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mí la encontrará» (Mt 16,24-25). Donde ellos ponen privilegios y seguridades, Jesús pone identificarse con Él, asumir su mismo destino: «La copa que yo voy a beber también la beberéis vosotros, el bautismo que yo voy a recibir también lo recibiréis vosotros; pero sentaros a mi derecha y a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado» (Mc 10,39-40).

Jesús vive entregándose, y su muerte es la expresión de quien «ama hasta el extremo» (Lc 13,1). La Eucaristía perpetúa la entrega de sí mismo en el don de su Cuerpo y de su Sangre. En aquella noche en que iba a ser entregado, en medio de la hostilidad, la traición y el abandono, Jesús, en la Eucaristía, anticipa su entrega como gesto libre y universal de amor. En aquel momento se condensan todas las palabras y gestos de su vida, y quiere que no lo olviden: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía» (1ª Cor 11,24), es decir, haced vosotros lo que yo he vivido y por lo que he vivido.

3.2 Nosotros, consagrados y consagradas, prolongamos la humanidad de Jesús

Hoy, nosotros estamos llamados a ser «memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús» (VC 22). La Vida Consagrada nace de la memoria de Jesús y existe en su nombre. Lleva dentro la experiencia del encuentro con Él y es testimonio de «El que vive» (cf. Lc 24,23). El Espíritu ha grabado en su corazón las palabras y los gestos de Jesús. Por eso en ella se puede reconocer al Maestro.

La Vida Consagrada es memoria viva de aquellos primeros discípulos que siguieron al Maestro por los caminos de Galilea. Vivieron la pobreza y disponibilidad de «quien no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc 9,58), no se ataron a ningún vínculo social y su familia era los que «escuchan la palabra de Dios» (Lc 11,28). Les movía la misma pasión que ardía en Jesús: la voluntad del Padre y la suerte de los últimos.

La Vida Consagrada es memoria de aquella primera Eucaristía que se actualiza no sólo en cada celebración sino en la entrega cotidiana. La Eucaristía nos adentra en la comunión de vida con Él, de tal manera que vivimos en su misma dinámica de entrega y no sólo eso, sino que en la comunión con Él recibimos el don de la comunión con todos a los que Él se entrega¹⁷. El don de la comunión se convierte en misión.

Esto es lo que estamos llamados a ser, pero no siempre es lo que vivimos. El Papa Francisco denuncia nuestros estilos de vida comunitaria en *Evangelii Gaudium*:

«A los que están heridos por divisiones históricas, les resulta difícil aceptar que los exhortemos al perdón y la reconciliación, ya que interpretan que ignoramos su dolor, o que pretendemos hacerles perder la memoria y los ideales. Pero si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae. Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?» (EG 100).

Son fuertes las palabras del Papa y expresan su dolor por esta falta de comunión. Ante su denuncia reconocemos nuestras fragilidades y limitaciones y al mismo tiempo sentimos la llamada y el compromiso de humanizar nuestras relaciones.

Nuestras comunidades son memoria de Jesús, si son espacios de verdadera humanidad donde nos sentimos hermanos y no rivales, amigos en el Señor y no sólo compañeros de trabajo, donde hay lugar para la confianza y la risa, donde juntos podemos soñar el Reino y envejecer con alegría. Donde el valor primero es la persona y no la ley, el espíritu antes que la letra. Donde nos sentimos acompañados mutuamente en el camino de fe y nos ayudamos a crecer en nuestra vocación.

Para mí, vivir la fe junto con los que se han entregado al Señor es un don incalculable. Gracias a esta experiencia hemos crecido en nuestra fe y vocación. Yo cuando entré en la Congregación me consideraba buena. Pero pronto pude ver que hay Hermanas mucho mejores, más bondadosas, más apostólicas. En la vida diaria con mis Hermanas, y sobre todo en el contacto personal más profundo como Superiora General, he descubierto la belleza de la persona, imagen de Dios, en lo concreto de su bondad y su entrega a pesar de las dificultades que conlleva la convivencia. Las limitaciones, lejos de empequeñecer este regalo, afianzan aún más el don. Mi pertenencia al Instituto se fortalece en el reconocimiento agradecido de todo lo que he recibido.

Nuestras comunidades son memoria de Jesús, si son lugar de encuentro desde la diversidad cultural y generacional y en el aprecio de la mutua riqueza. Donde es posible un diálogo que nos permita pronunciar la palabra propia y recibirla como luz y no como amenaza; donde también el silencio es comunicación y el abrazo es lenguaje, si nuestras comunidades están abiertas al mundo, y nuestras casas y estructuras nos permiten estar cercanas a aquellos a quienes hemos sido enviados.

Nuestras comunidades son memoria de Jesús, si lo reconocemos en el más pequeño, y esto supone la acogida y comprensión de los miembros más débiles de la comunidad, debilidad que viene por la edad, enfermedad, carácter o limitaciones. Si el perdón alcanza cualquier ofensa y la autoridad es sinónimo de servicio. Si la misericordia es nuestro modo de estar. Si nuestros gestos expresan el mismo amor con que nos ama Jesús.

Nuestras comunidades son memoria de Jesús, si vivimos desde la realidad de sentirnos convocados y son expresión de pertenencia total al Señor, pertenencia que no es individual sino de un cuerpo¹⁸. Somos depositarios de la misión de Jesús y esto nos constituye en comunidad para la misión, si lo que somos y vivimos lo sentimos como misión y lo ofrecemos como anuncio.

Entonces sí, *la Vida Consagrada es Memoria de Jesús*, aunque pequeña en número, sin poder y relevancia social, consciente de su fragilidad, se alza como un signo humilde del Reino, como profecía de humanidad, la de Jesús, generadora de auténticas relaciones humanas, artesana de la comunión, en mutua pertenencia: somos con otros y para otros y capaces de promover una cultura del encuentro.

4. LA VIDA CONSAGRADA, ENVIADA A SER MISERICORDIA

4.1 Transformados por el Resucitado

Os invito, de nuevo, a volver la mirada sobre los primeros discípulos. Aquellos que siguieron al Maestro tocaron fondo con su muerte, se dispersaron y días después los encontramos juntos, pero encerrados por miedo a los judíos (cf. Jn 20,19 ss).

Este relato, en común con los otros textos pascuales, habla de un Encuentro que transformaría las vidas de aquel grupo. De distintas formas los evangelistas narran esta experiencia: aquellos hombres y mujeres son alcanzados allí donde están existencialmente, cerrados en el miedo, tristes por la pérdida del Maestro, decepcionados en sus expectativas, escépticos de que el Reino de Dios sea posible. Se han topado con el poder del mal, y la muerte, como su aliado, pone término a sus sueños y a sus esperanzas. Ahí, en la más radical experiencia humana del límite, les sale al encuentro el Resucitado. Su Presencia en medio de ellos los transforma y su Espíritu los conduce en el peregrinaje interior de la fe. Aquellos hombres son capaces de reconocer en el Crucificado al Señor. Ahora conocen internamente al Maestro y comprenden sus palabras. La fe les abre una nueva realidad, que no niega lo que son, pero les da una mirada capaz de leer su historia con otra luz, que trasciende estos límites, que les hace experimentar «Al que vive» (cf. Lc 24,23).

La realidad no cambia, pero el Espíritu realiza en ellos las promesas de Jesús y viven la alegría que nadie les podrá quitar, la paz sin condiciones y la vida en abundancia. El don del Espíritu los hace testigos del Resucitado, de tal manera que lo anunciarán con la entrega de su vida¹⁹.

En esta narración podemos rescatar muchos elementos que pueden iluminar este momento de la Vida Consagrada. También nosotros, hoy, necesitamos reconocer la presencia de Jesús Resucitado que nos saque de nosotros mismos, que nos lleve a

abrir las puertas y a dejar de tener miedo al futuro. Creer que en Él es siempre posible un nuevo comienzo.

4.2 Enviados a humanizar

Jesús nos envía, en el nombre de Dios misericordioso, con la misma misión que Él había recibido y para ello nos entrega su Espíritu. Somos enviados como palabra que alienta, mano que levanta, abrazo compasivo a todos los que sufren, defensa de todos aquellos hijos, cuya vida está amenazada. Con su mismo corazón somos enviados a humanizar, a anunciar el valor y la dignidad de cada persona porque el mismo Dios ha entregado su vida por todos. Sabemos, que la misión no es nuestra, ni está sostenida en nuestras fuerzas o capacidades, y lleva el sello de la cruz.

El Papa Francisco, expresa muy hondamente el sentido de la misión:

«La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (EG 268).

Quiero compartir cómo he ido comprendiendo la Misión. Procedo de una cultura no cristiana. No conozco muchas religiones, sino sólo algunas en Japón. Por ejemplo, el budismo, aunque, igual que muchos japoneses, no lo he vivido nunca como fe. El sintoísmo, que explica el origen del país Japón y para mí es más bien una tradición. El budismo habla de la misericordia de Buda, de sus diosas. Insiste en nuestra relación vertical con la trascendencia. Son importantes para él la oración y la contemplación, el sacrificio y la abnegación, la armonía y el equilibrio. Pero me da la impresión de que no se implica tanto en mejorar la sociedad. Por lo menos no se percibe.

Lo que me sedujo del cristianismo y constituye su novedad es la encarnación de Dios, la humanidad de Dios. El hombre que se convierte en camino para llegar a Dios. Desde aquí cobra sentido toda la dimensión ética de la fe y el compromiso del creyente con su realidad, sobre todo con los más vulnerables. Dios no es ya sólo el Dios compasivo y misericordioso, sino la Misericordia que se ha hecho historia, rostro, palabra, carne en Cristo. Su hablar y actuar es Misericordia. Y nosotros, somos prolongación de ese hablar y actuar. Somos misión de Misericordia.

La Vida Consagrada lleva en sus entrañas esta pasión por Jesús y por su pueblo, y como Él, se sabe enviada a ser misericordia, a salir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a los que están lejos y a los que están cerca. Quiere en su fragilidad dejar de buscar seguridades para abrazar el dolor de la gente. Quiere que en su mesa y en su altar estén los pobres y no descansará hasta atraer a todos a Él. Sabe que su sitio es estar a los pies de los otros sirviendo. Nada de lo humano le es ajeno, por eso acompaña los largos procesos humanos, permaneciendo aun a costa de la vida²⁰.

Voy a contaros también el testimonio de un laico que compartió con nosotras en Camerún la misión sanitaria que hacemos en red con las Hermanas Dominicas. Tiene el valor de mostrar cómo somos percibidos. Él escribe así:

«En lo personal, ha sido muy grato descubrir las múltiples labores que las religiosas con las que he convivido, las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, como la Comunidad dominicana que llevan a cabo en África...Son mujeres médicas religiosas que alzan la mirada al mundo, a sus semejantes, a su misión con los más desfavorecidos...contemplando la vida, con humildad, cuidando con ternura a sus enfermos y practicando la justicia. Están continuamente ayudando a sacar toda la riqueza interior, tirando de ese hilo de oro que se esconde en el fondo del corazón de cada persona, y que, si lo seguimos, nos conduce a lo mejor de cada uno»²¹.

Es un precioso relato de cómo la Vida Consagrada está humanizando la medicina con una atención integral.

4.3 Abrazamos el Misterio Pascual

No puedo terminar sin hablar del dolor que hay dentro de la Vida Consagrada. Es el del misionero al contemplar la necesidad y el sufrimiento de la gente. Es la compasión que movía a Jesús: «Viendo a la multitud, se conmovió por ellos, porque andaban maltrechos y postrados, como ovejas sin pastor» (Mt 9,36). ¡Nos duele este mundo!

La Vida Consagrada como buen samaritano sale a los caminos y carga sobre sí el sufrimiento de sus hermanos. Se hace presente con los inmigrantes y refugiados, en barrios marginales y en lugares perdidos, curando y enseñando, acompañando procesos de reconciliación y defendiendo los derechos y dignidad. Sentimos conmoverse nuestras entrañas ante estos rostros, pero hoy quiero traer el dolor de tantas personas que son tratadas como productos de mercado. Es una de las peores esclavitudes del siglo XXI y afecta al mundo entero. El Papa Francisco reconoce la presencia de la Vida Consagrada especialmente de la femenina en la trata humana, y dice:

«Quisiera mencionar el gran trabajo silencioso que muchas congregaciones religiosas, especialmente femeninas, realizan desde hace muchos años en favor de las víctimas. Estos Institutos trabajan en contextos difíciles, a veces dominados por la violencia, tratando de romper las cadenas invisibles que tienen encadenadas a las víctimas a sus traficantes y explotadores; cadenas cuyos eslabones están hechos de sutiles mecanismos psicológicos, que convierten a las víctimas en dependientes de sus verdugos, a través del chantaje y la amenaza, a ellos y a sus seres queridos, pero también a través de medios materiales, como la confiscación de documentos de identidad y la violencia física. La actividad de las congregaciones religiosas se estructura principalmente en torno a tres acciones: la asistencia a las víctimas, su rehabilitación bajo el aspecto psicológico y formativo, y su reinserción en la sociedad de destino o de origen»²².

La Vida Consagrada tiene un rostro universal y está encarnada como servicio a los hermanos, mostrando que el Señor se acerca con compasión, se pone a caminar al lado de ellos y permanece aunque suponga perder la vida.

La Vida Consagrada, presente en las periferias existenciales del hambre, de la pobreza, del desarraigo, de la soledad, de la falta de sentido, de la ausencia de Dios... toca las heridas de la Humanidad, y con Jesús abraza su dolor.

Hay otro dolor que va unido a éste y que también lo expresa Jesús: «Entonces dijo a los discípulos: La mies es abundante pero los braceros son pocos. Rogad al

amo de la mies que envíe braceros a su mies» (Mt 9,37-38). Es el dolor por la falta de personas, por la disminución, por no tener fuerza, por no poder responder a la Misión.

En estos momentos de nuestra historia, en la precariedad de nuestras fuerzas sentimos la tentación de aferrarnos a lo que tenemos, de sentirnos paralizados ante la impotencia de la tarea y recitar una quejosa letanía de las dificultades con que se encuentra la Vida Consagrada. Ésta es la tentación de la auto-referencialidad, que continuamente tenemos que vencer.

Hay otra manera de situarnos, si nos fiamos de la palabra de Jesús: dejar de mirarnos para mirarle a Él y pedir. Supone salir de nosotros mismos y buscar a Dios y en Dios, es decir, discernir. Sabiendo que la misión es de Él, que el dolor de Dios son sus hijos y situarnos humildemente en esta búsqueda, cuya luz sólo viene de Dios. De nuestra parte nos exige no apartar la mirada de Jesús y de su pueblo, porque Él es nuestro criterio de discernimiento.

Entonces queremos lo que Dios quiere y soltamos sin miedo obras y presencias para ser sencillamente disponibles. El pasado mes de marzo, en los encuentros mensuales de formación de la Unión Internacional de Superiores Generales, tuvimos en Roma una jornada de los Equipos Generales, en la que compartimos sobre la reestructuración de obras y comunidades que estamos llevando a cabo en nuestras Congregaciones. Y pude constatar que la mayoría estamos realizando esta planificación con creatividad, con sincero deseo de seguir evangelizando, según el modo de proceder de cada instituto e implicando a todo el Cuerpo apostólico. Esta situación está poniendo en juego nuestra fe y sabiduría espiritual, la capacidad de generar vida en nuestros institutos. Y sobre todo, en estos procesos se pone en evidencia el amor a la Iglesia y a la humanidad, por eso sabemos que se nos abrirán caminos, porque es el Espíritu el que nos conduce con su luz y su gracia.

Nos sentimos y somos pobres y pequeños, y misteriosamente esto nos acerca más a Aquel por el que vivimos, y esta realidad se va convirtiendo en oportunidad evangélica. Nunca nos hemos sentido tan solidariamente trabajando al lado de otros, compartiendo con los laicos no sólo trabajo, sino carisma y misión. Creo que más que nunca experimentamos esta diversidad carismática de la Vida Consagrada como una riqueza. Somos más conscientes de la única misión de la Iglesia, la *Missio Dei*. La misión es de Dios, nosotros no somos los protagonistas. Nuestra misión la sentimos recibida, no es nuestra, la acogemos y humildemente nos ponemos a su servicio codo a codo con otros. Somos enviados desde nuestra identidad, con los rasgos de nuestro carisma, para trabajar con todos los que tienen un corazón universal y disponible para la misión de Dios²³.

4.4 Vida Consagrada en itinerancia

La Vida Consagrada es Misión y es para la Misión. Vivir esta condición de enviados nos sitúa en estado permanente de salida para responder al dolor de Dios, y necesita que el Cuerpo Apostólico de la Congregación se abra a un continuo discernimiento, nadie se puede eximir de esta responsabilidad. Responder compasivamente requiere concreción y el realismo de lo que somos y podemos. Este realismo nos lleva a priorizar lugares y modos de nuestra presencia, y también a aceptar el coste de las presencias que dejamos. Relativizaremos este dolor si descubrimos el sentido de perder para ganar, de morir para dar más vida.

Acoger esta dinámica de itinerancia supone activar nuestra fe y nuestra esperanza, que no nace en el vacío sino cimentada sobre nuestra historia que nos habla de una confianza absoluta en el Dios que camina con nosotros. Itinerancia que supone despojarnos de nuestras seguridades para ir a la «otra orilla», en camino con los pequeños y los últimos. «Encontraremos la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando»²⁴.

La Vida Consagrada, fiel a su identidad profética y mística, desde esa intimidad con Dios es enviada a reconocerlo y hacerlo presente en la historia. En salida a las fronteras del mundo, anunciando y viviendo los valores del Reino, siendo Evangelio para los pobres y pequeños.

4.5 Atravesar la Puerta de la Misericordia

Quiero situar mis últimas palabras en el marco del Año Jubilar Teresiano y agradecer con vosotros el don universal de santa Teresa de Jesús. Su persona y su obra son “patrimonio de la Humanidad”²⁵, como decía el lema del Congreso Mundial Teresiano, celebrado en Ávila hace unos días.

Miramos a Teresa como un icono de la Vida Consagrada. En esta mujer libre y humilde, porque fue verdadera, reconocemos el deseo y la búsqueda de Dios que nos pone siempre en camino.

El testimonio de su itinerario espiritual nos acerca al “Dios de las Misericordias”. Ella, cuando escribe, nos invita a hacer experiencia de Dios. De un Dios que la desborda continuamente con su misericordia, “el que tanto la esperó”²⁶. Nadie como Teresa ha sabido poner corazón y palabras a esta experiencia de Gracia en la verdad de su humanidad. Nos ayuda a entrar sin temor en la sacratísima Humanidad de Jesucristo y tratarlo como “amigo verdadero”²⁷.

Sin duda la celebración del Año de la Vida Consagrada ha sido enriquecida con este acontecimiento y es igualmente significativo que finalice dentro del Año Jubilar de la Misericordia, que comenzará el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción. Ese día, unidos a María, atravesaremos por la Puerta Santa, que en este año es de modo especial *la Puerta de la Misericordia*, dejándonos abrazar por la Misericordia de Dios y recibiendo el envío de ser Misericordia.

¹ PAPA FRANCISCO, *Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia* n. 1, abril 2015

² *Ibid*

³ *Cristianismo y Justicia*. «No podrán detener la primavera. Suplemento del Cuaderno n.192», diciembre 2014

⁴ PAPA FRANCISCO, *Carta Apostólica a los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada*, 21 de noviembre de 2014

⁵ *Ibid*

⁶ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Vita consecrata* n. 16, 1996

⁷ RICARDO VOLO CMF, *Una vida inspirada por el evangelio*, Ed. Claretianas, Madrid 2014, p. 114

⁸ PASCUAL CEBOLLADA SJ: «Los votos en el centro de la Vida Religiosa»: *Sal Terrae* 103/7, (2015), pp. 351 - 362

⁹ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo Aparecida* 2007, n.44

-
- ¹⁰ A. CORDOVILLA, *Crisis de Dios y crisis de fe*, Ed. Sal Terrae, Santander 2012. Muy interesante la visión que ofrece.
- ¹¹ PAPA FRANCISCO, Homilía del 2 de febrero de 2014
- ¹² JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dives in Misericordia*, 1980, nota 52
- ¹³ JUAN MARÍA URIARTE, *El celibato*, Ed. Sal Terrae, Santander 2015, p. 96
- ¹⁴ JUAN PABLO II, *Vita consecrata* n.16
- ¹⁵ BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA SJ: «Adoración y servicio: dos alas de un mismo viaje» Boletín de la UISG 155, 2014.
- ¹⁶ RICARDO VOLO CMF, *Ibid.* p. 58
- ¹⁷ BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas est* n. 13, 2005
- ¹⁸ PASCUAL CEBOLLADA SJ. *Ibid*
- ¹⁹ JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *El Camino abierto por Jesús: Mateo, Lucas, Juan y Marcos*, Ed. PPC : Madrid 2012. Quiero expresar mi gratitud por sus comentarios a los evangelios que tanto han ayudado a mi fe. Así como su compromiso por la evangelización.
- ²⁰ PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* n. 24, 2013. Es muy sugerente este número que habla sobre la comunidad evangelizadora y en él me he inspirado.
- ²¹ S. ASENSIO MARTÍNEZ DE SAN VICENTE:«Experiencia de un psicólogo voluntario en Camerún» en *Medicina paliativa en niños y adolescentes*, Ed. Paliativos sin fronteras, San Sebastián 2015
- ²² PAPA FRANCISCO, *Mensaje de la Paz*, 1 de enero 2015
- ²³ Cf. ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS: XIX Congregación General, Roma 2012
- ²⁴ PAPA FRANCISCO, *Carta Apostólica a los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada*, II 4
- ²⁵ Lema del Congreso Mundial Teresiano, celebrado en Ávila del 21 al 29 de septiembre, 2015
- ²⁶ SANTA TERESA DE JESÚS “Libro de su vida”, prólogo.
- ²⁷ *Ibid.* capítulo XXII
- “...y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima en quien dijo su Majestad se delita. Muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar. si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.”